

de todo, clausurando el debate sobre cualquier posible interpretación dualista, pero cuya principal nota, en relación a otras concepciones, es que en el origen está la realidad de un Dios Padre con el que se establece alianza y que permite la comprensión bíblica de la figura de Jesús, a través de la categoría *Abba*. El tercer capítulo advierte del cristocentrismo de nuestra fe, significado en la misma distribución del Credo en el que proporcionalmente la Segunda Persona reviste especial desarrollo. Así, el Símbolo que empleamos en la liturgia se hace eco del continuo acercamiento que se ha ido realizando hacia el misterio a través de los «títulos cristológicos» que son descritos en estas páginas. El cuarto se centra en la figura del Espíritu como expresión del amor trinitario de forma eficaz: crear, unir, inhabitar, santificar, liberar, guiar, testimoniar, revelar y consumir; conforman el elenco de acciones que se traducen en dones para quienes dirigen hacia Dios la mirada de fe.

Una segunda corriente transversal señala con insistencia la necesidad de que la experiencia de fe y el Credo católico se expresen en el marco de la comunidad eclesial: dos realidades íntimamente ligadas donde la fe encuentra su escenario natural y la comunidad el depósito de una experiencia que la vertebra.

La obra, en la que se echa en falta un tono más narrativo que vincule la confesión de la fe con la experiencia humana a interpretar, tiene como mayores fortalezas la extensión del contenido del Credo más allá del mero conocimiento cognitivo y la invitación a no dar por evidentes las verdades de fe sino a bucear en su contenido y orígenes para hacerse cargo de todas las implicaciones de nuestra confesión de fe.—JOSÉ MANUEL APARICIO MALO.

VIDE, V., *Comunicar la fe en la ciudad secular: teología de la comunicación*, (Sal Terrae, Santander 2013), 160p., ISBN: 978-84-293-2063-3.

El análisis de la cultura actual, especialmente desde 2007 en el marco de la crisis global, se ha tornado especialmente complejo y plantea el reto de la síntesis de claves que permitan extraer una claridad en un panorama altamente confuso. Sin la distancia suficiente se hace difícil evaluar el impacto de la crisis financiera: antropológica y ética en su trasfondo, sobre un escenario en el que el último titular en el que nos pusimos de acuerdo fue el de la postmodernidad.

Entretanto, la Iglesia pretende mostrar su fidelidad al compromiso evangelizador ofreciendo un mensaje que muestra la posibilidad de un núcleo perenne y capaz de responder a las inquietudes y búsquedas de plenitud de la persona. La distancia entre el escenario variable de nuestro mundo y la eternidad del mensaje revelado abre un espacio para la pastoral en el que es necesaria la valoración de las claves para establecer la necesaria comunicación en virtud de las características del oyente.

En este ámbito intermedio se sitúa el interesantísimo estudio de Vicente Vide: «Comunicar la fe en la ciudad secular. Teología de la comunicación». La

ciudad secular es para el autor la sugerente metáfora que engloba los distintos perfiles a los que la Iglesia quiere comunicar su mensaje. Los dos primeros capítulos recogen el eco de las palabras del doctor Gregorio Marañón quien impulsó la renovación de la medicina invitando al análisis profundo: «Sólo cuando la etiología se nos escapa —y, por desgracia, esto ocurre con harta mayor frecuencia de lo que quisiéramos—, sólo entonces nos contentamos con el rótulo clásico de la enfermedad o del síndrome, que lleva aparejado un tratamiento necesariamente sintomático, y por tanto, incompleto».

Por las características del momento cultural actual, su invitación es adecuada también para la teología pastoral y Vicente Vide lo lleva a cabo con especial agudeza. Desde una estrategia etimológica, logra una interesante descripción de la secularización y de las notas características del «no creyente» categoría tras la que podríamos referirnos, mejor, a los que él describe como: ateos, agnósticos, indiferentes y analfabetos religiosos.

Podríamos continuar la metáfora refiriéndonos al segundo capítulo como aquél en el que analiza el tratamiento a administrar; pero no haríamos justicia a su tono teológico que trata de visualizar el momento actual como oportunidad para la renovación teológica y no para la consideración maniquea de bondad eclesial y maldad de un mundo que, simplemente, es autónomo. Así, la fe es descrita como: gratuidad, libertad, continuo contraste entre la certeza y la oscuridad, expresión de amor e invitación holística que implica existencia, ética e inserción social (49s.). Por estos rasgos, la fidelidad a la Palabra y la denuncia profética se ofrecen al autor como actitudes en las que el creyente ha de meditar de forma continuada para aspirar a la transmisión de la fe.

El capítulo tercero, especialmente original y sugerente, se sumerge en las claves de la semiótica y de la filosofía del lenguaje para ahondar en los términos que permiten describir el acto comunicativo humano, sugiriendo que la Nueva Evangelización no es solo un esfuerzo de nuevos materiales o géneros literarios sino de una comunicación que reúna las claves necesarias para resultar performativa. Un equilibrio que invita a la expresión narrativa, especialmente mediante símbolos; equilibrando el uso de la palabra con el no menos eficaz del silencio oportuno que invita al misterio (p 77s.)

El capítulo cuarto se adentra de lleno en la propuesta pastoral sugiriendo cinco vías que lejos de llevar al conocimiento racional de Dios, completen esta perspectiva con una dimensión experiencial y que susciten el encuentro con el Resucitado: la búsqueda del sentido de la vida; la belleza como umbral del misterio, el acercamiento a la posibilidad de Dios por la ciencia; la espiritualidad como sendero de trascendencia; y los lenguajes del testimonio y de la caridad se ofrecen como cauces de trabajo.

En conjunto la obra confirma la hipótesis de que el nuevo impulso misionero implica una reflexión de calado en la propia naturaleza de la experiencia de la fe para desde ese análisis encontrar los elementos irrenunciables generando una renovación interna que clarifique las estrategias para el encuentro con la cultura. Así la evangelización se ofrece como regalo para el oyente, pero también para

el emisor. Una línea intuita en el Concilio Vaticano II y actualizada de manera magistral en este libro con la originalidad de un estudio que incorpora las aportaciones de la filosofía del lenguaje.—JOSÉ MANUEL APARICIO MALO.

VITORIA CORMENZANA, F. J., *Una teología arrodillada e indignada: al servicio de la fe y de la justicia* (Sal Terrae, Santander 2013), 318p., ISBN: 978-84-293-2078-7.

Al término del Concilio Vaticano II entre las novedades teológicas algunas podían considerarse como intuiciones que, aunque enunciadas, exigirían un posterior desarrollo y que conforman el hilo conductor de la teología postconciliar. «Justicia» es quizá la más privilegiada de ellas. En torno a esta categoría se sitúan las reflexiones del Sínodo de los Obispos de 1971, las aportaciones más originales de *Evangelii nuntiandi*, así como los núcleos temáticos de la XXXII Congregación General de la Compañía de Jesús.

De esta corriente surgieron realidades eclesiales y pastorales que trataron de cristalizar estas dinámicas en acciones visibles. El prólogo de Gustavo Gutiérrez nos invita a una merecida acción de gracias por el esfuerzo del grupo de pensamiento «Cristianismo i Justicia» que nos ofrece esta amplia obra en el marco de su trigésimo aniversario y que ha sido capaz de ofrecernos, en estos años, los núcleos metodológicos de la «teología de la liberación» en una sana y fructífera traducción al marco europeo.

La obra se ofrece como síntesis de los trabajos del grupo de investigación; así, el capítulo primero recoge sus principales señas de identidad y su propuesta teológica que pasa por ofrecer la lucha por la justicia como eje vertebrador e identitario de los desafíos que han de ser afrontados, tales como el ecumenismo, el diálogo interreligioso o la nueva evangelización.

Posteriormente la estructura de la obra es ya una invitación a afrontar la intrínseca relación entre el Credo y el compromiso por la justicia. El capítulo segundo describe el núcleo de la experiencia del Padre ligada a una paz que no es realizable sin las imprescindibles condiciones para la justicia. Esta ecuación permite intuir, así, la especial cercanía hacia quienes no disfrutaban de estas condiciones. Esta es la experiencia en la que el Hijo descubrió su identidad y misión entre las distintas lecturas que era posible realizar entre las tradiciones veterotestamentarias.

A partir del tercero se visibiliza la centralidad que la cristología adquiere en el pensamiento de «Cristianismo i Justicia», dato verificado por la especialización de varios de sus autores y por el repaso de su producción teológica. Esta dimensión se inaugura con la descripción de la relación entre Dios *Abba* y un Reino que requiere unas implicaciones económicas y políticas para su establecimiento. El cuarto, de entre los títulos cristológicos posibles, se centra en el de «Cristo, Justicia de Dios» (1 Cor 1,30) mostrando la conexión entre la plenitud de